

Dona Ter Lara Rivendel



Felizcos
On the road

2 relatos

PELLIZCOS ON THE ROAD

Lara Rivendel

Dona Ter

EXTRAÑOS EN UN AVE

Valme

Bruno

Arturo

Valme

Arturo

Irene

Valme

Arturo

Valme

NOSOTROS, KM0

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

DESCUBRE LOS DEMÁS PELLIZCOS

Extraños en un AVE

Lara Rivendel

Valme y su marido suben al AVE en la estación de Atocha con destino a Zaragoza. Agobiada por los problemas del día a día, cuando ocupa su asiento en una mesa para cuatro cree que al fin va a poder relajarse un rato, pero cuando su mirada se cruza con la de su vecino de mesa, sabe que eso va a ser imposible: el pasado la está mirando a los ojos.

Valme

Estación de Atocha, Madrid, 2017

—¡Es aquí, Valme! ¿Vienes o qué?

—Ya voy, Bruno. Igual si me ayudaras con la maleta en vez de quejarte tanto llegaría antes.

—¿No te llenas tanto la boca con eso de la igualdad? Pues luego no protestes.

Cuando llega a la altura de la mesa para cuatro que comparten con una pareja de desconocidos, Bruno le arrebató la maleta y la sube resoplando a la bandeja para el equipaje situada sobre sus cabezas. Se toma su tiempo, y luego se toma un poco más en quitarse la chaqueta y dejarla cuidadosamente doblada sobre las maletas.

A Valme no le gusta esperar en medio de pasillo; le molesta molestar, pero sabe que si le mete prisa a su marido será peor. Lo único que conseguirá será que vaya todavía más despacio. No es un hombre violento, pero tiene un punto cruel que, por desgracia para ella, sacó a la luz después de la boda. Jorobarla en cosas insignificantes se ha convertido en uno de sus hobbies favoritos, pero por suerte tiene otras aficiones que le proporcionan muchos momentos de tranquilidad.

«Bendito pádel. Bendito Atleti.»

Siempre le ha gustado sentarse junto a la ventanilla para admirar el paisaje, pero desde que viaja con Bruno ni lo intenta. En cuanto el tren arranque su marido se dormirá y prefiere que lo haga apoyando la cabeza en la ventana y no babeándole el hombro.

—*Nosdías* —saluda Bruno, sentándose pesadamente al fin.

—Buenos días —murmura una voz masculina mientras Valme se sienta.

—Muy buenas —replica una voz femenina, la voz de una mujer que parece tener las cosas muy claras en la vida.

Hubo un tiempo en que Valme también tenía las cosas claras, pero ahora todo eso le resultaba tan lejano como si no lo hubiera vivido ella sino una antepasada.

—¡Mamá, ya estamos en el tren! —La voz de Bruno retumba por todo el vagón y Valme se encoge un poco en el asiento, tratando de pasar desapercibida, cosa difícil al lado de su expansivo marido—. En un rato estamos en casa. ¿Ya está listo el ternasco? ¿Cómo que has hecho borraja? ¡Mamá! Será broma, ¿no? Mira que me bajo del tren.

En ese momento, el AVE se pone en marcha silenciosamente y se desliza con suavidad sobre las vías.

El hombre sentado ante ella está leyendo un guion. Alza la mirada un instante y vuelve a bajarla. Son décimas de segundo; el tiempo suficiente para que el mundo de Valme se cargue de energía atómica, explote con la fuerza de una bomba, se convierta en lava radioactiva y se deslice hasta las vías colándose por rendijas invisibles bajo la moqueta del tren.

—Mamá, ya no puedo bajar. Estamos en marcha —insiste Bruno, ajeno a la hecatombe—. Más te vale preparar unas migas con tocino para acompañar... ¡No hagas caso! ¿Qué sabrá el medicucho ese?

Valme vuelve a bajar la vista y finge buscar algo dentro del bolso, aunque en realidad lo que desearía sería que el bolso se convirtiera en un zulo para poder meterse dentro y no volver a salir hasta que el tren parara en Zaragoza. O un par de siglos más tarde.

Tras el infarto, el cardiólogo de Bruno le había desaconsejado conducir; no por la conducción en sí sino porque al volante se convertía en un energúmeno y la tensión se le disparaba. Por desgracia, cada vez hacían falta menos excusas para que su marido dejara salir a la bestia que llevaba dentro.

¡Qué mal le estaba sentando el medio siglo!

—Auriculares —la voz de la auxiliar se acerca por el pasillo—, auriculares.

—¿Qué película echan, nena? —pregunta Bruno.

—*Casablanca*, señor.

—¡Pufff, vaya rollo!

—¿Eso es que no quiere auriculares?

Bruno ni se molesta en responder, así que Valme toma el sobrecito que la auxiliar le está ofreciendo a su marido.

—Yo sí, gracias.

—Gracias —dice su vecino de enfrente, aceptándolos también.

A Valme no le extraña. Si piensa seguir revisando el guion con Bruno cerca va a tener que aislarse. Aunque si *Casablanca* lo afecta igual que a ella, poco se va a concentrar.

Cuando llega el turno de su joven acompañante, esta hace un globo con el chicle y lo hace estallar como respuesta.

—Irene —musita él.

—¡Ah, te acuerdas de mi nombre, Arturo! ¡Qué sorpresa!

A Valme le parece que Arturo frunce el ceño, pero como ha vuelto a hundir la cara en el guion resulta difícil de asegurar. A quien parece hacerle mucha gracia la escena es a Bruno, que se echa a reír escandalosamente.

—Un nombre precioso, señorita, igual que su dueña. Yo soy Bruno Bustamante.

Bruno

«¡Joder, cómo está la vecinita de mesa! Al menos Valme ha acertado al reservar esta mesa para cuatro, porque últimamente no da una.»

Se casó con ella porque era una mujer joven y guapa, fuerte, decidida, alegre, un volcán, pero durante los últimos cinco años se ha extinguido ante sus ojos. Ha dejado de llevar faldas y los jerséis con los que se tapa cada vez tienen el cuello más alto. Un día de estos le llegarán a las cejas.

«Y cómo me pone con ese chicle. ¡Qué morritos, qué lengua, qué mirada! Esa chiquita es puro vicio. Y el capullo que tiene al lado... leyendo. Si es que el mundo está lleno de gilipollas.»

Arturo

«Gilipollas, soy gilipollas. ¿Quieres centrarte en el guion! La reunión es a las seis. Si no aprovechas el viaje, ¿cómo vas a darle una respuesta?»

Alza la vista. Sus vecinos de mesa son un matrimonio acomodado, como tantos que se encuentra en sus numerosos viajes en el AVE. Él, empresario de éxito; acostumbrado a salirse con la suya, a comprar a sus rivales y a sus mujeres y, si no puede comprarlos, a destruirlos. Ella, una sombra de lo que fue, el fantasma de una mujer apasionada, una escultura que podía llevar por nombre *Fracaso*.

«Con tantos garitos que hay en el mundo, tuvo que entrar en el mío.»

Se pellizca con el tapón del marcador fluorescente. Siempre que lee guiones tapa y destapa el marcador sin parar. No se había dado cuenta de que tenía esa manía hasta que una de sus parejas se lo hizo notar. No una cualquiera. Durante un tiempo pensó que era *The One*, la definitiva; lástima que ella no pensara lo mismo.

Claro que en aquella época él todavía no era un productor de éxito. Era un guionista cargado de entusiasmo que iba llamando a todas las puertas y que volvía a casa con buenas palabras y palmaditas en la espalda, pero sin que nadie apostara por él.

Por suerte, a su lado estaba la mujer que sabía animarlo hasta en los peores momentos; la que con sus risas, sus masajes en la nuca, sus locuras y su admiración sincera le daba las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Un recuerdo que llevaba tiempo sin venir a torturarlo se presentó con fuerza:

Él, sentado en el sillón con una copa de whisky en la mano, a punto de tirar la toalla y de volver a trabajar en la tienda de pinturas acrílicas de la

familia.

Ella, con traje de falda y chaqueta encima de una camisola de seda, volviéndolo loco con el striptease de *Nueve semanas y media*, sentándose en su regazo y diciéndole que si quería que siguiera adelante con el numerito, él iba a tener que seguir adelante con su carrera. En aquel momento, con un calentón del quince y medio, le habría prometido cualquier cosa por clavarse en ella y ella lo sabía. Su Valme lo sabía.

Valme

Todo había empezado en otra mesa para cuatro.

«Qué ironía. Y hay quien no cree en Dios. Está claro que Dios existe y es guionista.»

Cuando cinco años atrás su pareja del momento le había propuesto ir a cenar con un tipo muy interesante que había conocido, Valme no se imaginó que su vida estaba a punto de dar un vuelco.

En el abarrotado restaurante del barrio de La Latina los esperaban Arturo —que se presentó como «forjador de historias»— y su pareja. Valme ya no se acordaba del nombre de la pelirroja, básicamente porque desde que su mirada se cruzó con la de Arturo el resto del mundo dejó de existir.

Aunque pasaron horas hablando, primero en el restaurante y más tarde en un local de copas, lo único que recordaba de aquel día eran los ojos de Arturo, esos ojos oscuros y brillantes como lava incandescente. Eso y que *Casablanca* había resultado ser la película favorita de los dos.

A medida que pasaban los minutos, Valme se sentía cada vez más atraída por el cráter del volcán que era Arturo. Sabía que asomarse era peligroso, pero había algo en él, una fuerza más potente que su voluntad que tiraba de ella sin remedio.

Cuando tras el tercer mojito se levantó tambaleándose para ir al baño, supo que él la seguiría. Por eso no cerró la puerta con pestillo. Por eso aguardó, con el corazón en un puño y el vientre en llamas hasta que él entró en el cubículo.

Arturo cerró la puerta y se volvió hacia ella, que tenía la espalda apoyada en la pared.

Valme había esperado que él se abalanzara sobre ella; que la aprisionara entre sus brazos, que la empotrara contra la pared y la elevara del suelo, incluso que se sentara en el baño y tirara de ella para que lo montara, pero no hizo ninguna de esas cosas. Se quedó observándola como si fuera una obra de arte, como si no pudiera creerse que existiera y que estuviera allí con él. No trató de poseerla como los hombres que se había encontrado hasta ese momento y eso derribó sus defensas con más eficacia que cualquier asalto sensual.

Levantó una pierna y apoyó el pie sobre la tapa del wáter. Él siguió el movimiento con la vista. Valme le apoyó un dedo bajo la barbilla, obligándolo a mirarla a los ojos una vez más.

—Llevas toda la cena lanzándome llamas por los ojos. ¿Y sabes qué? — Él negó con la cabeza y le apoyó la mano en la rodilla, ascendiendo por su muslo y retirándole la falda muy lentamente—. Las llamas han provocado un incendio. ¿Qué vas a hacer con él?

Arturo llegó a la ligera tela de su braguita y la rasgó, sin dejar de mirarla a los ojos. Valme jadeó y él recogió con su dedo pulgar la humedad que acababa de generar.

Ella no pudo más. Le rodeó el cuello con los brazos y le devoró la boca con desesperación.

Él gruñó y Valme sonrió al notar su gruñido retumbando en su interior. Le gustaban los hombres que sabían controlarse, pero le gustaba mucho más hacerles perder el control.

Bajó las manos hasta los vaqueros de Arturo y le desabrochó el primer botón.

—Dime que llevas condones.

—¿En plural? Me gusta como piensas, preciosa —susurró él. Le mordió el labio inferior y lo arrastró entre los dientes antes de sacar un preservativo

del bolsillo trasero y ofrecérselo—. ¿Quieres hacer los honores?

—Será un placer —Valme bajó la pierna al suelo. Su mundo había empezado a dar vueltas; necesitaba recuperar algo de equilibrio.

Rasgó el sobrecito con los dientes y cubrió la erección que se alzaba ante ella no de un modo amenazador sino como una invitación.

Le gustaba el estilo de Arturo. Mientras lo cubría con parsimonia, él le sostuvo la mirada, haciéndole el amor con los ojos. Todavía no había entrado en ella y se sentía mucho más conectada a ese hombre que a todos los que habían pasado por su vida hasta ese momento.

En cuanto alcanzó la base de su erección, no esperó más. La agarró por las caderas y la levantó con la espalda apoyada en la pared. Luego la dejó deslizarse lentamente hasta que estuvo a la altura perfecta.

Valme contuvo el aliento.

Arturo se olvidó de respirar.

Echó las caderas hacia delante, la dejó caer un poco más y...

—¡Sí!

—¡Joder!

Durante los minutos siguientes, sobraron las palabras. La pasión de ambos se desbocó, creciendo y creciendo hasta que no quedó sitio para nada más. Como si estuvieran a bordo de un globo aerostático se fueron desprendiendo de todo lo que les sobraba: las inhibiciones, la prudencia, la cordura.

Cuando Valme se abandonó al clímax, él la siguió, con la cabeza echada hacia atrás y una enorme sonrisa en la cara.

Tardaron un par de minutos en poder hablar.

Valme respiraba trabajosamente y le acariciaba el pelo de la nuca.

Él respiraba con la cara hundida en su cuello. O esa al menos era la versión oficial. En realidad, trataba de acumular el olor de Valme por si se

veía obligado a sobrevivir sin él en el futuro. Aunque, si de él dependiera, no pasaría ni un día más sin su dosis de Valme.

—Vaya, vaya, forjador de historias. Eres bueno en las introducciones.

Él se echó a reír.

—Y tú eres mejor aún en los dobles sentidos. ¿Me ayudarás a revisar mi nuevo guion? Creo que podrías darle el toque que necesita.

La sonrisa de Valme iluminó la penumbra del cubículo.

—Creo que este va a ser el comienzo de una hermosa amistad.

Arturo

—Déjame pasar. Tú no me haces ni caso y encima ponen una peli en blanco y negro. ¡Me muero de aburrimiento!

Arturo se levanta para dejar salir a Irene. Se ha arrepentido ya varias veces de permitir que la joven aspirante a actriz se instale en su casa. Vale, cuando lo hizo estaba borracho de sexo y se creyó lo de que en cuatro días se iría a Londres para un proyecto superalternativo que le había propuesto un colega.

«Tienes treinta tacos, tío. A su edad tú también eras el rey del gorroneo; pareces nuevo, chaval.»

—Mira el meme que me pasa mi primo, ja, ja, ja, ja. Es buenísimo.

—Bruno, quiero ver la película.

—Uy, sí, será que no las visto veces. ¡Harto estoy de la puta peliculita! ¿Sabes qué? Al final ella se larga y él se queda con el poli.

«Qué majo, el marido de Valme», se dice y no puede disimular una mueca de dolor. Hay frases que cortan como un cuchillo y acaba de probar el filo de las palabras «marido de Valme».

—Voy a tomar algo al bar. ¿Vienes?

Ella niega con la cabeza y se levanta para dejarlo pasar.

—No sé para qué pregunto —refunfuña Bruno antes de alejarse pesadamente pasillo abajo.

Irene

«Qué muermo de tío, parecía enrollado pero es más aburrido que mi viejo. ¿De qué le sirve haber ganado tanta pasta y tantos premios si se pasa el día currando? No sé si voy a aguantar hasta que me dé un papel en su próxima serie. ¡Me aburrooooo!»

—Hola, vecina.

Irene sonrío.

—Hola, vecino.

—¿No tomas nada?

—No tengo pasta. —Se encoge de hombros.

—Tu chico no te cuida como te mereces.

—No, no me cuida. Estoy harta de este chicle, ya no sabe a nada... pero es que yo necesito tener siempre algo en la boca. —Tira del chicle y lo vuelve a recoger en la punta de la lengua—. ¿Bruno Bustamante? ¿Te pasa algo? Ese color no es normal. Ven, échate agua en la cara. Te acompaño al lavabo.

Valme

—¿Dónde estabas esta mañana? —pregunta Arturo, con la voz ronca. Ella sabe que está citando su película favorita y entra en el juego.

—No lo recuerdo, hace demasiado tiempo de eso.

—¿Qué harás esta noche?

—Nunca hago planes con tanta antelación.

—Valme —dice él con un hilo de voz.

—Arturo —Ella traga saliva. Incapaz de enfrentarse a la realidad vuelve a refugiarse en la ficción—. ¿Puedo contarte una historia?

Él sonrío con tristeza.

—¿Tiene final feliz?

—Aún no sé qué final tendrá.

—Tal vez se te ocurra mientras lo vas contando.

—Una vez llegó una chica a Madrid procedente de Coslada. Y allí en Madrid conoció a un hombre de quien había oído hablar toda su vida.

—Mentira, yo no era nadie.

—¡No me chafes el diálogo de la película! Estaba quedando genial.

—Perdona —Arturo le dirige su sonrisa ladeada marca de la casa y Valme siente que lleva cinco años sumergida bajo el agua y que acaba de salir a la superficie. Inspira hondo. Duele. Duele un poco, pero... «Joder, ¡al menos estoy viva!», piensa—. Sigue, por favor.

—Un... un gran hombre idealista y valiente. Él le abrió un mundo de nuevos conocimientos, de bellos y altos ideales. Todo lo que ella era, lo que sabía, se lo debía a él. Ella lo admiraba. Lo reverenciaba. Sentía por él lo que suponía que era amor.

—Una historia preciosa —replica Arturo—, aunque conocida. Yo ya

había oído muchas de esas en mis tiempos. Y hasta con música de fondo, la de un piano que tocaban abajo en el salón... ¿Valme? —Se echa hacia delante al ver que ella se seca una lágrima.

—Lo siento.

—No pasa nada. Llorar es bueno.

Ella niega con la cabeza y respira hondo, armándose de valor.

—Siento haberme ido así, sin despedirme, sin una explicación.

—Bueno, es cierto que durante un tiempo me volví loco tratando de entenderlo, pero gracias a eso escribí *Alma desalmada* y se desató la locura. Tu abandono me dio la rabia que necesitaba para que mis guiones tuvieran sangre, sudor y lágrimas.

—Yo...

—Y entonces descubrí otra cosa: descubrí que el éxito puede ser la experiencia más amarga de la vida si no puedes compartirlo con la persona que desearías.

Valme se cubre la cara con las manos.

—Fue...

—No, no te preocupes. Gracias a eso escribí *Amarga Fiesta*, que ganó el premio a mejor telenovela del año. Te debo tanto, Valme. Has sido mi musa, mi musa a distancia, pero qué mejor musa que la inalcanzable.

—Valió la pena entonces —murmura ella—. Para mí... para mí tampoco ha sido fácil.

Arturo se echa hacia atrás y ríe por la nariz.

—No, no creo que sea fácil compartir cama con tu encantador marido.

Ella le dirige una mirada de advertencia.

—Igual de encantador que la niña pompitas. ¿Es mayor de edad?

Él vuelve a echarse hacia delante bruscamente y agarra la muñeca de Valme, que ha apoyado las manos sobre la mesa.

—No me vengas con escenitas de celos —le echa en cara, en un susurro furioso—. Sé que te importo una mierda, nunca te importé.

Ella trata de retirar la mano y como no puede, lo araña con la otra, marcándole el antebrazo.

La mirada que le dirige Arturo le dice que está recordando otros arañazos.

La mirada de Valme le confirma que no es el único que está recordando aquel otro viaje.

Arturo

—¿Cuánto falta? —preguntó Valme.

El escarabajo amarillo era el coche más auténtico que Arturo había visto nunca, pero cómodo, lo que se dice cómodo, no era.

—Poco. ¿Qué pasa? ¿Estás ansiosa por llegar al hotel y arrancarme la ropa?

Valme, que se había ladeado para poder contemplarlo mientras conducía, le mostró los dientes e hizo un gesto de arañarlo.

Arturo sonrió. Aunque su fierecilla no lo engañaba, le calentaba el corazón verla así. Llevaba todo el camino tratando de distraerlo para que no se pusiera nervioso antes de la reunión con el productor al que iba a ofrecer su nuevo guion. Y lo estaba consiguiendo. Si lograba concentrarse en la carretera y no tener un accidente antes de llegar a Bilbao, todo iría bien.

—El hotel es una pensión con una sola cama... y falta mucho para esta noche. Mira, una gasolinera, ¡para aquí!

—Vamos bien de gasolina...

Valme se echó hacia delante bruscamente y le apoyó la mano en la entrepierna.

—¿Tengo que echar el freno de mano?

Arturo sabía cuándo rendirse. Aparcó en la parte trasera de la gasolinera, tomó la otra mano de Valme y se la llevó a la boca. Le besó la palma y le hizo cosquillas con la punta de la lengua mientras ella lo acariciaba por encima de los vaqueros negros.

—¿En un lavabo de gasolinera, estás segura? Qué vicio te ha entrado con los baños, Valme.

Ella, que en realidad sólo entraba en los lavabos de las gasolineras cuando

no tenía otro remedio, hizo una mueca.

—Hagamos una cosa. Yo voy primero. Si está decente, me quedo. Si no, vuelvo a salir.

Arturo esperó en el cascarón amarillo, viendo cómo se alejaba moviendo las caderas descaradamente para volverlo loco. Al cabo de dos eternos minutos, la siguió.

La reunión fue un fracaso. Cuando llegaron, el productor estaba en Glasgow; se había olvidado de ellos. La pensión olía mal y tuvieron que sobornar al tipo de recepción para que dejara entrar a Valme, ya que la habitación individual iba a nombre de Arturo. Pero durante los meses que aún pasaron juntos, rieron muchas veces al rememorar su apasionado encuentro en los baños de la gasolinera cercana a Miranda de Ebro. Los arañazos en la espalda que Valme le regaló mientras alcanzaba el éxtasis con la cabeza enterrada en su cuello tardaron días en borrarse; los recuerdos seguían tan frescos como el primer día.

Cuando ella lo abandonó, una de las primeras cosas que hizo Arturo fue deshacerse del escarabajo amarillo. Le traía demasiados recuerdos de momentos felices que dolían como puñaladas. Incapaz de venderlo, lo dejó aparcado en el granero de sus tíos, en el pueblo, cubierto por una lona oscura como el chapapote que se había filtrado en su corazón, tiñéndolo de negro. Montar en él a Irene o a cualquiera de las Irenes que la habían precedido habría sido un sacrilegio.

Valme

—¿Ya no conduces? —pregunta Valme y él entiende lo que le está preguntando en realidad.

—Sí, tengo un coche híbrido para la ciudad y un jeep para el campo.

Valme hace una mueca de dolor.

—¿Lo vendiste?

—¿Qué más te da?

—¡Me importa, Arturo! Esos años contigo fueron los mejores de mi vida... los únicos diría. Cuando me fui, dejé de vivir.

—¿Y por qué coño te fuiste?!

—¡Chis! —protesta alguien unas filas más allá.

—¡Chis! —Los sifones se contagian, ya se sabe.

—¡Sí, hombre! ¡Que no se les ocurra dejar el culebrón a medias! Es Arturo Sancho, el productor. Me encanta, don Arturo. Siga con el ensayo, siga...

—Eso, Valme. Sigue, te escuchamos.

—Vete a la mierda, Arturo.

Se levanta y se aleja pasillo arriba, en dirección contraria a Bruno.

«Tu marido.»

Lleva cinco años añadiendo esa coletilla cada vez que piensa en él; incapaz de mentalizarse. Bruno es el hombre junto al que ha firmado un montón de papeles: los de la boda, la hipoteca de la casa de Madrid, la de la casa de la sierra, la del piso de Benidorm, los seguros de vida, los de los muertos —como los llama Bruno—, los planes de pensiones... pero por muchos papeles que firme, no siente que tengan nada en común. No es *su* Bruno.

«En cambio, con una sola mirada Arturo ha vuelto a ser *mi* Arturo. ¿Qué digo? ¡Nunca ha dejado de serlo! Pero qué más da... lo perdiste. Para él ya no eres nadie. ¡Asume las consecuencias, joder!»

Cuando llega al lavabo está ocupado y hay cola, por lo que sigue andando hacia el siguiente vagón. Pero al llegar al espacio que queda entre un vagón y otro, alguien la agarra y la empuja hacia la pared.

Es Arturo, *su* Arturo, y tal vez para él no sea nadie, pero por su modo de mirarla, nadie lo diría. Por lo menos su odio es suyo. «Algo es algo.»

Una curva del camino hace que el tren se balancee y Arturo cae sobre ella. Valme alza una ceja al notar que algo se clava en su vientre.

«No, no es lo único; esa erección no se la ha dado la niña pompitas. Esa erección es mía.»

—Sólo dime una cosa, Valme —susurra él, y notar su aliento tan cerca hace que ella se estremezca de arriba abajo—. Dime una cosa y te dejaré en paz para siempre. ¿Qué fui yo para ti?

Valme está furiosa. Si pudiera le arrancararía la ropa y le dibujaría en el pecho la red nacional de trenes con las uñas, pero no puede; perdió ese derecho el día que decidió desaparecer de su vida... por su propio bien.

—¡Todo, maldita sea, Arturo! ¡Lo fuiste todo! Fuiste mi banda sonora, las luces de mis sombras. Fuiste la esperanza, la locura... Por un tiempo creí que podríamos conseguirlo juntos, que la vida haría realidad nuestros sueños.

—Y entonces, ¿por qué demonios te largaste?

—¡Porque estabas a punto de tirarlo todo por la borda! Estabas dispuesto a renunciar a tu sueño por tener una vida *segura* a mi lado ¡y no podía consentirlo! Yo no valgo para nada, la vida no me dio ningún talento, pero incluso alguien tan inútil como yo es capaz de reconocer la genialidad cuando la ve. ¡Y tú la tienes! Ahora lo sabe todo el mundo, pero entonces sólo lo sabía yo. Estabas a punto de cometer un crimen aceptando volver a la tienda

de pinturas. ¡Y no me dio la gana de ser tu cómplice! Si no puedes entender...

Valme no puede seguir hablando porque Arturo acaba de fundir sus bocas.

«¡Sí! ¡Sí! Es él, es mi Arturo, es su sabor. Más delicioso que un gofre, que el turrón de chocolate, que...»

—Valme —Arturo rompe el beso con tanta brusquedad como lo ha iniciado, pero al oírla gemir vuelve a apoderarse de su boca para tragarse su gemido. Se siente como si acabara de pasar una semana perdido en el desierto y su boca fuera un manantial del que brotara el agua más fresca y pura—. ¿Qué te han hecho, Valme? —Le aparta el pelo de la cara y se la sujeta con las dos manos, clavando su mirada en ella—. Si ese capullo que viaja contigo es el responsable de que creas que eres una inútil que no vale para nada, el único criminal aquí es él. Tú eres la vida misma, la alegría de vivir, la generosidad, eres el amor hecho mujer... ¿cómo puedes no darte cuenta?

Ella no puede contestar porque la emoción le ha desbordado el corazón y necesita dejarla salir por alguna parte. En esos momentos parece estar dudando entre la garganta y los ojos, porque mientras las lágrimas se apelotonan, se le ha hecho un nudo en las cuerdas vocales que no le permite hablar.

Arturo la abraza y el calor de su pecho abre las compuertas. Las lágrimas le mojan la camisa y el nudo se deshace formando sollozos.

—Lo habríamos logrado igual, Valme. Habríamos tardado un poco más pero lo habríamos logrado juntos.

Ella lo niega con la cabeza aún hundida en su pecho.

—¿Te habrías puesto a escribir por las noches, al acabar la jornada de doce horas en la tienda?

—Cuando fuera.

—¿Y qué habrías escrito? ¿Una película llamada *Tú llenas mi mundo de color*? ¿*Amor acrílico*? ¿*Lágrimas de gotelé*?

Arturo se echa a reír.

—Lo veo.

—No digas tonterías.

—¿Por qué no? ¿Tienes la exclusiva? —Ella le pega un empujón en el pecho, pero él no cede ni un centímetro de un terreno que había perdido la esperanza de recobrar—. No sé qué habría escrito, Valme, pero teniéndote al lado sin duda habría sido algo especial.

—¡Ya lo hiciste! Escribiste los mejores guiones de tu vida cuando yo me fui.

—Nunca te fuiste, Valme. Si escribí esas historias fue porque seguías en mi vida. Por mucho que tratara de arrancarte, era imposible porque nuestros corazones se habían convertido en uno solo. Arrancarte era morir.

«Como si no lo supiera. Llevo cinco años muerta en vida, soy una jodida zombi.»

—La rabia fue el combustible que me hizo escribir esas telenovelas, pero cuando la rabia se apagó, no pude volver a escribir más. Desde entonces he tenido que conformarme con producir guiones de otros.

Ella frunce el ceño.

—Pe... pero yo pensaba que lo hacías porque querías. La producción era otra de tus pasiones.

Él hace una mueca.

—Si no te hubieras cambiado el número de teléfono, habríamos podido hablar y te habrías enterado de esto y de todo lo demás. ¿Era necesario romper el contacto de esa manera tan cruel?

—Si hubiéramos seguido en contacto por teléfono no habría aguantado ni una semana lejos de ti.

Arturo niega con la cabeza.

—Y cuando triunfó *Alma Desalmada*... ¿Por qué no te pusiste en contacto entonces?

Los ojos de Valme le lanzan dos puñales.

—Iba a hacerlo. Fui a la puerta del cine donde estrenasteis el primer capítulo. —Él cierra los ojos al anticipar lo que está a punto de escuchar—. Te vi, Arturo. Te vi besando a la protagonista y diciéndole a aquel periodista que eras el hombre más afortunado de la Tierra. Volví a Coslada y acepté la invitación a cenar de Bruno, al que llevaba tres meses dando largas. Dos meses más tarde nos casamos.

Arturo pega un puñetazo a la pared del tren.

—Vaya par de idiotas.

Valme lo mira sin poder ocultar el amor que siente por él, que nunca ha dejado de sentir por él.

—Me alegro de que mi sacrificio sirviera de algo. Me alegra mucho saber que he sido parte de tu éxito, aunque sea pequeña.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Ella ladea la cabeza.

—Yo bajarme del tren en Zaragoza y comerme las borrajitas de mi suegra. Tú... tú sabrás.

Arturo cuele una mano bajo el jersey de Valme y le busca un pecho. Tal como se imaginaba, su pezón erecto no engaña. Su indiferencia es pura fachada.

—¿En serio, Valme? ¿Me estás diciendo en serio que prefieres comer borrajitas con el patán de tu marido a volver conmigo? ¿Sabes lo que podríamos hacer juntos? Podríamos ir a todos los sitios que soñamos visitar. Y nada de pensiones cutres, ¡hoteles de cinco estrellas!

Ella lo mira divertida.

—¿Eso es lo que me ofreces, Arturo? ¿Lujo estéril? De eso ya tengo para aburrir con Bruno.

Él gruñe y echa las caderas hacia adelante en su gesto de posesión que no es capaz de evitar.

—No vuelvas a mencionar a ese... capullo, asesino de ilusiones. Te ofrezco lo que tú quieras. ¡París! ¡Vamos a París, Valme! Siempre quise ir contigo para poder decir aquello de...

—Siempre nos quedará París —susurra ella—. Sí, decir «Siempre nos quedarán los baños del Cocodrilo» no suena igual de bien.

Arturo se enciende como una antorcha al oírla mencionar el local de copas donde sellaron su amor la primera noche.

—A mí me suena a gloria bendita, pero iremos a París... con una condición. Quiero que sea nuestro viaje de bodas. Si no estamos ahora mismo haciéndolo en los lavabos es porque quiero hacer las cosas bien de una jodida vez por todas, Valme.

Ella se echa a reír. Su risa es incrédula pero también es pura felicidad liberada.

—Arturo, ¿no crees que te estás precipitando un poco? Aún estoy casada con...

—¡No pronuncies su nombre! Esperaré a que te concedan el divorcio, ni un día más. ¡Ya llevamos cinco años de retraso, Valme! Di que te casarás conmigo.

Ella sonrío y él le besa la sonrisa.

—Con una condición.

—Sí.

—No sabes lo que es.

—Da igual. Aunque sea conseguir que crezcan espárragos trigueros en Marte. ¡Por ti, lo que sea!

—¡Dios, cómo te quiero! —admite Valme, y poder liberar esas palabras que llevaban tanto tiempo prisioneras aumenta su euforia aún más. Agarrándole la cara entre las manos lo besa antes de seguir hablando—. Un escarabajo amarillo. Siento que lo vendieras, aunque lo entiendo. Quiero que compremos otro; vende los otros coches, no necesitamos tantos.

Arturo le dirige una mirada cargada de amor.

—¿Esa es tu condición?

Ella asiente en silencio mientras le acaricia la nuca.

—Nunca lo vendí. No pude desprenderme de él; está en el granero de mis tíos, criando polvo.

—¡Míralos! —los sorprende la voz de Irene, que acaba de aparecer seguida de Bruno—. ¡No se cortan ni un pelo! Para eso están los lavabos, ¿vale?

Valme y Arturo se miran y tratan de contenerse pero es imposible. Las palabras de la joven les provocan un ataque de risa.

Harto de esperar a que se calmen, Bruno interviene.

—Vamos a la mesa; esto no puede quedar así. Valme, quiero el divorcio.

Cuando vuelven a quedarse a solas a ella se le doblan las rodillas, pero Arturo la sostiene.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Sí. Demasiadas emociones en poco tiempo, pero nunca he estado mejor. Cuando he subido al tren, apenas podía con el peso. Pensaba que lo que me pesaba era la maleta, pero no, era la vida. Acabo de quitarme de encima quinientos kilos y diez años. ¡Vuelvo a tener veinte!

—¡Y yo! Me siento capaz de todo. Qué rabia tener que volver a esa mesa. Te agarraría y saldría huyendo a París.

—Te entiendo, pero no más. Huir no es la solución a nada; por mucho

que cueste, hay que enfrentarse a los problemas.

Él la besa en la boca, un beso largo y apasionado que sabe que tendrá que durarle hasta que solucionen las cosas.

—No es justo, Valme.

—¿El qué no es justo, Arturo? —replica ella, acariciándole la mejilla.

—Estás igual de guapa que hace cinco años pero encima te has convertido en una mujer. Has madurado y no es justo que la madurez te sienta tan bien.

—Tengo treinta años, Arturo. No sé si la palabra madurez es la que más me apetece oír ahora mismo.

—¡Tengo más! Soy el forjador de historias, ¿recuerdas? Cada día te regalaré una palabra. Te la dejaré colgada de la nevera para que te dé los buenos días. ¿Cómo lo ves?

Valme se cuelga de su cuello y lo abraza con fuerza. Si le hubieran dicho esa mañana que su vida gris y monótona iba a dar ese vuelco no se lo hubiera creído. Afloja el abrazo y con la boca pegada a sus labios, le susurra:

—Me muero de ganas de empezar a escribir a cuatro manos *Lágrimas de gotelé*. ¿Cómo lo ves?

Él se echa a reír y la besa antes de responder:

—Va a ser el próximo bombazo de las sobremesas. Anda, vamos.

Mientras regresan a la mesa, *Casablanca* sigue emitiéndose en las pantallas del vagón.

Arturo mira a Humphrey Bogart que, melancólico, fuma un cigarrillo.

«No desesperes, colega. Cuando menos te lo esperes ella volverá a tu vida y ese día, en un vagón cualquiera de un tren cualquiera de todos los trenes que cruzan el país, la vida dejará de ser en blanco y negro.»

FIN

Nosotros, km0

Dona Ter

En un arrebato, Brisa coge cuatro cosas, las mete en una mochila y se va dejando todo atrás.

Valle conduce su camión por la nacional con destino a Francia y cuando ve a una chica haciendo autostop, no duda en detenerse e invitarla a acompañarla.

Lo que Brisa no sabe es que, al subir a ese tráiler, su vida va a cambiar para siempre.

Prólogo

Km... he perdido la cuenta

Ladea de nuevo la muñeca en un gesto grácil y casi imperceptible para mirar el reloj. Solo han pasado dos minutos desde la última vez. Lo observa amenazante y lo apremia a que vaya más rápido; pero si hay algo en este mundo que sea imperturbable es el tiempo, por lo que éste la ignora y sigue a su ritmo. Ella cierra los ojos un largo segundo antes de volver a abrirlos. Se recoloca el dobladillo del guante de hilo blanco, aunque ya esté perfectamente, y cruza las manos. Odia la espera.

Sigue tan absorta, cavilando en sus cosas, que ni aprecia lo que le rodea. A pesar de estar en la primavera de dos mil diecisiete todo a su alrededor parece haber viajado en el tiempo, casi un siglo atrás. Exactamente a la década de los años treinta. La luz cálida, los colores bañados por esa especie de niebla bohémica que consigue darle ese toque místico y tan característico de las películas antiguas. Es como una escena del *Asesinato en el Orient Express*. La primera, claro.

Las mujeres presumen de la elección de su vestimenta para la ocasión. No les falta ningún detalle, parece que hayan saqueado el armario de Katherine Hepburn. Prendas ceñidas al cuerpo con mangas mariposa para dar la ilusión de cinturas más femeninas, trajes entallados y con hombreras, o vestidos combinados con chaquetas cortas. Melenas onduladas y espaldas al aire que provocan más de un suspiro que queda atragantado en las gargantas masculinas. El glamur y la elegancia brillan en cada detalle, como si las mismísimas modistas Nina Ricci o Coco Chanel las hubieran vestido.

Los sombreros son el complemento más utilizado, también en los hombres. Ellos también han querido aprovechar la ocasión para

caracterizarse. Llevan el pelo engominado, repeinado hacia atrás y con la raya al lado. Bigotes recortados y nada de barbas. El traje a rayas, conocido como *gánster wear* —por ser la vestimenta de los gánsters en las típicas películas como Al Capone— es el más popular. Estampados de pata de gallo o a cuadros. Uno ha optado por un elegantísimo esmoquin, se parece a Fred Astaire a punto de empezar a bailar y algunas de las féminas lo observan con disimulo dispuestas a ser su Ginger Rogers.

La estación de tren en la que está esperando también parece ser del siglo pasado, no se oye el ruido de los *ruedines* de las maletas, solo el pitido de la locomotora.

Sigue en el andén, ella también forma parte de ese curioso escenario; de forma minuciosa observa que no haya ni una mancha de polvo en los zapatos de tacón y que su atuendo esté perfecto desde las medias al traje de dos piezas que lleva. La falda, entallada hasta debajo la rodilla, es de color crudo a conjunto con el ribete ancho que lleva la chaqueta. Es de manga corta y el cuello alzado de pico en tono azul marino brillante. Debajo lleva una camisa fina de raso, también en color hueso, con un estampado de topos azul marino. Se ha ondulado su melena castaña y se ha puesto un sombrero estilo fedora, ladeado.

Por los altavoces avisan a los pasajeros de que la salida del tren es inmediata. A su lado hay una pareja besándose, él —que va vestido como Humphrey Bogart en *Casablanca*— tiene medio cuerpo echado en la ventana de un vagón y ella —vestida como Ingrid Bergman— está en el andén, de puntillas, mientras alguien fotografía ese beso para la posteridad con un móvil; la única tecnología que se ve y que recuerda que estamos en el siglo XXI. La gran diferencia es que cuando terminan sonrían porque esta vez nadie se va a la guerra ni va a ser un amor en la distancia esperando cada día recibir una

carta.

—Vamos, Valme, sube.

—¿Ya me echas de menos, Arturo?

—No quiero ni imaginarme que salga el tren sin ti.

—Bueno, así podrías escribir el guion sin distraerte.

—Prefiero que me distraigas. ¡Anda, sube ya!

Ver eso solo hace más presente el vacío a su lado. Al final se resigna y se dirige a las escaleras para ir a su vagón. Odia aquella angustia.

*

Está sentada en uno de los compartimentos del coche restaurante mirando por la ventana como el paisaje empieza a desfilarse frente a ella. El traqueteo la mece pero ni con esas es capaz de relajarse. Se quita los guantes y juguetea con el anillo de forma disimulada. Odia las sorpresas, y él lo sabe.

Un camarero se le acerca con una copa de champán.

—Perdone, pero yo no he pedido nada.

—Lo sé, *madame*, pero esas son las órdenes que me han dado.
—“Señora”... sonríe, nunca pensó que le gustaría tanto y que la haría tan feliz oír ese nuevo título que ostenta.

—Gracias —balbucea, sin saber si el *barman* la ha oído porque ya se está alejando.

El líquido dorado y sus burbujas pronto desaparecen en su paladar. Busca en la bebida la paciencia que empieza a menguarse. Su porte es recatado y solemne. Nadie diría que por dentro su pulso late desbocado y que los nervios le aprietan el esófago. Solo quien observe bajo la mesa verá que la pierna en que ha enlazado su otro pie, a la altura de la espinilla, no deja de moverse de lado a lado.

Un toque de dedos sobre un micrófono encendido y un carraspeo se apodera del lugar y consigue que cese de golpe el murmullo de las voces. El silencio toma el protagonismo. Todo el mundo alza la vista buscando su procedencia. Cerca de la barra, en un lateral, hay una especie de tarima que sirve de escenario. Al fondo se divisan varios instrumentos, la luz de un foco se refleja en un saxo y al lado se distinguen las curvas de un violonchelo. Delante de todo hay una silla de madera y un hombre sentado en ella. Lleva un traje negro, igual que la corbata y una camisa blanca. El pelo, que normalmente le cae sobre la frente, está peinado hacia atrás; no hay huella de esa barba que siempre oscurece sus facciones.

—Buenas tardes —saluda al ver que ha obtenido la atención de las personas que hay en el bar—, bienvenidos a este viaje temático y tan especial en el emblemático Oriente Express.

Oír esa voz masculina hace que una corriente se pasee libidinosa por el cuerpo de nuestra protagonista provocando que se ponga en pie de golpe. Todos la observan, el hombre del escenario también, este último le dedica una mirada ferviente antes de sonreírle con descaro. Sin entender lo que ocurre y odiando sentirse el centro de atención vuelve a sentarse e intenta esconderse tras la copa de champán que se termina de un solo trago. El hombre del escenario empieza a hablar y consigue que el resto de pasajeros aparten los ojos de ella y le presten toda la atención a él.

—Si me permiten me gustaría contarles una historia, una que empieza así...

1

Km 0

Carretera y manta, podría ser una definición de lo que hace ahí, en esa cuneta, si no fuera porque de manta no hay ni las pelusas. Estamos en mayo y a más de treinta grados.

«¡Es que ni hacer autostop me sale medianamente bien!».

No quiere pensar mucho en lo que está haciendo y lo que la ha llevado a meter cuatro cosas en una mochila e irse. Salir huyendo, ¡para qué adornarlo con palabras dudosas! Se he ido de casa, punto.

Solo ha mandado un mensaje a sus padres para que no se preocupen, cosa poco probable porque entre que ellos ya son sufridores y que ella se he propuesto ver cuántas veces puede cagarla en un año, el resultado es más que obvio.

Pero, como se va repitiendo desde que está ahí sentada, no quiere pensarlo. Por complicado que sea, no quiere que su cabeza dé vueltas a su pasado, y mucho menos al futuro. Solo quiere ser un lienzo en blanco, sin un solo rastro de tinta, sin pasado. Ese blanco nuclear que lo llamarían los anuncios para productos de limpieza. Esos que deben tener un ejército de químicos y publicistas recién licenciados encerrados en un despacho buscando nombres que suenen a intergaláctico para que parezcan superpotentes... ¿Sabes qué?, olvídale, no quiere ser un lienzo para que otros pinten en él. Quiere ser ella quien pinta. Quiere ser ella la que tome las decisiones de su vida.

Por eso se ha ido, para empezar a garabatear y mezclar sus propios colores.

Cuando oye el ruido de un camión a lo lejos sin pensarlo alza la mano y el pulgar hacia arriba. Las ruedas del tráiler chirrían sobre el asfalto caliente y

mientras se detiene frente a ella como si fuera la línea de meta, el corazón se le sube a la garganta de golpe. Puede que lo del autostop no fuera tan buena idea.

«¿Por qué no he cogido el coche?».

«¿O el tren?».

«¿Quién hace autostop hoy en día?».

Es la voz de una mujer, como un chasquido, lo que hace que su mente deje las cavilaciones y eleve la cabeza. Desde la ventanilla una chica, de su edad, la saluda regalándole una sonrisa. Nuestra protagonista cree en las primeras sensaciones y a pesar de que los nervios la tienen secuestrada, nota buenas vibraciones. Eso le enfunde confianza.

—¿Hacia dónde vas?

Duda en qué contestar porque no tiene ni la más remota idea.

—*P'allá* —escapa de sus labios sin haberlo meditado mucho. Bueno, a la vista está...

—Has tenido suerte, paso cerca. —La sonrisa que le regala vuelve a librarle de pensar en lo que está diciendo y se pregunta cuántas veces la camionera habrá pensado que está loca—. ¿Subes?

—¡Sí!

Las dos sueltan una carcajada porque ha sonado como si marcaran el gol decisivo en el minuto noventa.

La ve desaparecer de la ventana, pero la puerta se abre de par en par. Siguiendo la invitación implícita del gesto se levanta y empuja la mochila hacia dentro de la cabina antes de subir ella. Una vez arriba se queda de pie, absorta viendo a aquella chica menuda frente a un enorme volante. La conductora la mira con la misma curiosidad y sin borrar la sonrisa de antes.

—Bienvenida a mi castillo. Soy Valle.

—Hola, yo soy Brisa, gracias por llevarme. —Por fin se sienta y extiende

la mano para saludarla.

—Juntas tenemos nombre de novela: La brisa del valle o El valle de la brisa...

—A mí me suena a ambientador de hogar.

Se estudian un momento mirándose fijamente antes de soltar otra escandalosa carcajada.

—Creo que este viaje va a dar mucho de qué hablar —dice Valle arrancando de nuevo—. Deberías ponerte el cinturón.

—Ah, oh, sí claro —balbucea, al darse cuenta de que se ha quedado de nuevo como hipnotizada viéndola manejar con destreza el tráiler.

—Sé que puede resultar un poco raro, viendo mi estatura que lleve un *camionaco* así, pero cosas de la vida... creo que entiendes a qué me refiero.

Esas palabras dejan entrever que esconde una vida con giros del destino, seguramente unos parecidos a los que han llevado a Brisa a hacer autostop en esta carretera.

—Perdona, no quería ofenderte... se me hace raro, supongo que tan raro como encontrarme a mí haciendo autostop.

—Puedo preguntar ¿qué te ha hecho escoger este *p'allá* en lugar de ese? —dice señalando el otro lado de la carretera.

—La verdad es que nada en concreto... bueno sí, que la sombra estaba en este lado.

—Una forma de selección muy práctica, me gusta.

Suena de fondo la música de la radio, canciones de todos los géneros se mezclan, y sin darse cuenta las dos se ponen a cantar viejas canciones que en otra época fueron grandes hits de los guateques.

2

Km 50

Van dirección norte, su destino es París. Es el destino de Valle, ahora también el de Brisa. Lo de creerse Marisol y ponerse a cantar cada canción ha durado poco, las dos parecen dos cotorras que no paran de hablar.

Un estruendo hace que la camionera ni se inmute, en cambio la nueva copiloto pega un salto en su asiento y el cinturón le roza al cuello al prohibirle tan brusco movimiento.

—No te asustes, es solo un pedo.

—Ha sonado más a big bang.

—Tranquila, solo es el cerdo de mi hermano —señala con el dedo hacia atrás.

—Qué susto me ha dado.

—Y eso que no lo conoces.

—¿Tan malo es?

—No, la verdad es que es un cerdo adorable. Fabada y siesta no son buenas compañeras si no estás solo. En el pueblo de mi padre hacen la fiesta del cocido y por la tarde concurso de pedos. Mi familia suele llevarse siempre el premio, tenemos buenos genes y mejor esfínter...

—Se nota —contesta Brisa sin saber qué decir porque no quiere pensar mucho en un culo peludo.

—Entre hermanos la confianza a veces da asco. Tú tienes hermanos?

—Sí, una hembra, Duna. Treinta y seis años, casada, sin hijos pero tienen tres conejos como mascotas.

Se ríen por la forma en que lo ha dicho y después se preguntan por su edad, Valle tiene treinta y dos años, Brisa los cumple en unos meses.

—¿Por dónde iba antes de la interrupción? Ah, ya. Mi hermano quería ser bombero y para ello necesitaba el carnet de conducir, el C. Se apuntó en la autoescuela, yo me burlaba y él lo hacía de mí por tener una mesa llena de cabezas a las que iba peinando y poniendo rulos, estudiaba peluquería. Me retó, claro. ¡Putos hermanos y esa rivalidad! Así que no sé cómo acabé yendo a la autoescuela con él, creo que solo me picó para que le ayudara con los tests porque desde pequeños siempre estudiábamos juntos. Allí conocí a mi Tomás y el resto puedes imaginarlo. Mucha teoría, mucha cama, nos casamos, yo monté mi peluquería, Tomás trabajaba en una empresa de transportes hasta que consiguió un contrato internacional. Nos hipotecamos para comprar el camión y un día, haciendo la siesta bajo una palmera, ya no despertó. Fue fulminante y algo burlón, se pasaba el día en la carretera y murió durmiendo.

—Lo siento mucho —dice Brisa casi sin voz, no esperaba nada de eso. Alarga el brazo hasta el hombro de Valle, que agradece el roce y las palabras con un movimiento de cabeza hacia ese lado.

—Pasó hace dos años. De repente me encontré con un tráiler hipotecado y un contrato que cumplir. Así que colgué las tijeras, cerré la peluquería y me puse al volante.

3

Km 200

Después de la confesión el silencio se ha impuesto, hasta la radio ha dejado de sonar. Valle tiene la cabeza y el corazón a cientos de kilómetros de allí, en una remota carretera del pasado donde su marido la abraza mientras le canta al oído viejas rancheras.

Y Brisa se pregunta si ella hubiera sido capaz de hacer algo así. De afrontar los problemas. Hace una mueca porque sabe la respuesta, si los hubiera afrontado no estaría ahora en aquel camión en un punto inconcreto del mapa de Francia. El sol se cuele por la ventana del lado del copiloto, a nuestra protagonista le entra morriña y se queda dormida, y es de las que cuando duerme no se entera de nada. Su padre siempre dice que le gustaría saber si un huracán podría despertarla, aunque luego, como buen progenitor, dice que no la pondría en semejante situación solo para comprobarlo. Brisa tiene sus dudas.

Cuando despierta ladea la cabeza y suelta un ladrido de palabras incoherentes. A su nueva amiga le ha salido barba y ha engordado como unos cuarenta kilos, muy bien puestos eso sí...

—Tranquila, no muerdo. Bueno, a veces sí. Solo un poco y suave... Estoy seguro de que te gustaría... —La mira de reojo y sonrío fanfarrón cuando ve sus mejillas encendidas.

—Imagino que tú eres el cerdo.

—En el carnet pone Nilo, “cerdo” suelen llamarme algunas a modo de despedida.

—Lo dicho, un cerdo.

—No me importaría serlo para ti, ya sabes lo que dicen, de él se aprovechan hasta los andares.

En un acto inconsciente los ojos de Brisa se ponen en blanco, prefiere no insistir más.

Él la observa y Brisa se inquieta al ver el rato que pasa sin mirar a la carretera; cuando está a punto de gritarle y saltar para coger ella misma el volante, Nilo le sonrío y vuelve la vista al frente.

¿Te ha pasado alguna vez que de mirar muy fijo una cosa, cuando después cierras los ojos sigues viendo esa imagen en tu retina? Pues eso es lo que hace ahora mismo Brisa, su mente reproduce los rasgos masculinos al mismo tiempo que los almacena en la memoria. El pelo lacio y castaño que le roza la vista, la nariz estrecha, la barba larga y los ojos azules, mucho, demasiado.

«Son demasiado bonitos para un cerdo».

Cuando los vuelve a abrir, no puede evitarlo y lo estudia de reojo. Lleva una camiseta desteñida roja y arrugada, el vello de los antebrazos es tan rubio que casi ni se percibe. Los brazos son fuertes, con las venas marcadas. En la muñeca izquierda lleva tres brazaletes de piel que piden la jubilación y en la derecha dos anillos, uno en el anular y el otro en el pulgar. Tiene los dedos finos y largos, marcan el ritmo de la canción sobre la piel del volante. En la oreja también se distingue algo que brilla. Brisa se fija en sus propias manos, ni una sola joya, ni reloj, nada.

—Eres como la bella durmiente, he probado de todo para despertarte, ni música, ni cosquillas... te has despertado en el momento justo que iba a besarte, una pena... —Suelta una carcajada cuando la única respuesta que obtiene es un gruñido gutural.

—Ahora que lo pienso, ¿os llamáis Valle y Nilo?

—Sí, señorita Brisa.

—¿Vuestros padres qué son, arqueólogos o es que fueron de luna de miel a Egipto?

—Frío. Se conocieron en una charla sobre ovnis y pirámides.

—Casi que prefiero no preguntar...

—Haces bien porque no tengo ni puta idea. Los fans de E.T. son ellos. Y los tuyos, ¿meteorólogos?

—No —contesta, escueta.

Nilo lleva rato esperando a que despierte para poder charlar y cuando lo hace parece que tiene que sacarle las palabras con un sacacorchos. No le importa, tienen horas por delante.

—¿Y te gusta?

—Siempre que digo mi nombre la reacción es: “oh que original”, o, “oh, que hippies tus padres”. Otros hacen alguna broma, pero nadie me había preguntado nunca si me gusta —admite sentándose un poco de lado hacia él.

—¿Y la respuesta?

—La verdad es que sí, me encanta. Mi madre siempre dice que si me lo hubieran puesto dos días más tarde me habrían llamado huracán, que me pega más.

—La brisa, mola. La puedes disfrutar, puedes hacer mil cosas con la brisa, en cambio con un huracán, aparte de atarte a un poste y esperar a que pase, poco más se me ocurre.

Brisa se pregunta si no le habrá tocado demasiado el sol mientras esperaba en la carretera porque le parece que cada palabra que sale de la boca de ese chico lleva una connotación sexual. Todo él rezuma erotismo.

—¿Cuánto he dormido?

—Unas tres horas.

—¿Hemos parado?

Nilo suelta una carcajada y golpea divertido el volante.

—Pues claro. Café, pipí, estirar las piernas...

—¿Y tu hermana?

—En el palacete.

—¿Perdón?

—Ahí detrás. —Ella hace gesto de apartar las cortinas de terciopelo rojas, siente curiosidad por ver qué hay allí, pero él niega con la cabeza—. Yo de ti no lo haría, si se ha quedado dormida y se despierta de golpe tiene muy mala leche. En la nevera tienes agua, refrescos y algunas golosinas, pillá lo que te apetezca.

—¿Tú quieres algo?

—Una *cola*, gracias. —Al darle la lata, se rozan los dedos y saltan tantas chispas que la cabeza de Brisa entra en cortocircuito.

4

Km 310

—¿Sueles acompañar a tu hermana en sus viajes?

—Antes más. Hoy es porque aprovecho que va a París para ahorrarme el viaje hasta allí.

— ¿ Eres bombero, no?

—Era.

—¿Ya no?

Ve como él traga saliva despacio y aprieta la mandíbula. Se arrepiente de haber hecho la pregunta porque está claro que lo incomoda. Cuando va a decirle que no importa, que no es asunto suyo, Nilo le responde:

—Tuve un accidente y no puedo hacer esfuerzos.

—Lo siento.

—Lo peor ya pasó. Cuesta aceptar que lo que has querido toda tu vida no puede ser. Toca reinventarse.

— ¿ Y lo has conseguido?

—Estoy en ello.

Brisa opta por cambiar de tema y sonrío cuando ve que él lo hace.

—Parecéis muy unidos.

—Desde siempre. Nos tiramos los trastos a la cabeza pero no podemos pasar mucho tiempo separados. Y entonces ¿cuál es tu historia?

—Podría resumirse en la típica pija, hija de papá que hace todo lo que sus padres le dicen, hasta estudiar Económicas a pesar de odiar los números a muerte. Un día deja el trabajo en una importantísima empresa multinacional con la intención de tomarse el tiempo para saber qué quiere hacer, luego aparece el novio montando una fiesta sorpresa con todos los familiares y amigos más cercanos donde le propone matrimonio, ella acepta algo cohibida

al verse el centro de atención. Días más tarde él le habla de un traslado y ella lo sigue sin inmutarse. Él le busca trabajo en la misma empresa y ella explota.

—Así que estás aquí en un arrebató de rebeldía, me gusta.

—Yo no lo tengo tan claro, pero de momento no me arrepiento.

—Haré lo imposible para que siga así.

Y a pesar de ser un casi un desconocido, Nilo lo dice con tanta determinación que Brisa se lo cree y sonrío agradecida.

5

Km 480

—¿Conoces esta zona?

—No. ¿Debería? —le responde Brisa.

—Es Cahors, conocida por sus vinos tintos. Piérdete algún día por aquí, creo que te gustaría.

—Lo tendré en cuenta.

—*Jane*, mi *Jane*, ¿estás por aquí? —Se callan al oír la voz de un hombre por los altavoces—. ¿Hola? ¿Por qué no me contesta mi chica de encaje y olor a gasolina?

La cortina se abre de golpe y Valle aparece riendo y se apresura a coger el móvil que está conectado.

—Mi *Tarzán* —dice alegre— dame un segundo.

Luego, vuelve a desaparecer detrás de las cortinas. Los dos de delante, piloto y copiloto, se mantienen en silencio pero no oyen nada para fastidio de su curiosidad.

—¿Encaje y gasolina? —murmura Brisa mordiéndose el carrillo para no reír.

—Es una *app* para camioneros, con un sistema de GPS te dice si estás cerca de tus contactos. Intercambian mensajes de voz, etc... La carretera puede ser muy solitaria.

—Imagino. ¿Un *Tinder* para *trailereros*?

—No quedan solo para follar, si es lo que estás pensando.

—No, no...

—Ya.

En ese momento la cortina de terciopelo roja vuelve a abrirse, esta vez

Valle se cuela entre los dos y se sienta en medio. Sonríe cuando oye chasquear la lengua de su hermano y un suspiro de fastidio disimulado de la boca femenina. Se pone el cinturón y deja el móvil en su adaptador.

Les da una palmada a los dos en la rodilla. Son cerca de las ocho de la tarde y empieza a anochecer.

—¿Has quedado? —le pregunta su hermano sin apartar los ojos de la carretera.

— Sí, en aquel pueblecito tan bonito. Brisa, vamos a parar, pasaremos la noche en un hostel, ¿tienes dinero? —le pregunta—. Si no, no pasa nada, nosotros podemos...

— Tengo — la interrumpe. Puede que hiciera autostop, pero como ha dicho antes, no es por una cuestión de solvencia — . Puedo pagarme el hotel.

—¿Y pasaporte? — añade Nilo.

— También — responde, sin saber a qué se debe tal pregunta.

Valle coge el móvil y toquetea la pantalla hasta que dicta:

— *Tarzán*, pide otra habitación, llevo una invitada.

Instantes después llega la respuesta:

— A tus órdenes.

—¿*Jane*, *Tarzán*? —se burla su hermano.

—Puedo ser la *Jane* de muchos, pero en mi corazón solo hay sitio para uno.

—Ya, aunque la mona se vista de *Tarzán*, mona se queda —responde Nilo, haciéndolas reír para romper la emoción del momento.

Valle ladea un poco la cabeza hacia su hermano como si quisiera susurrarle algo, pero alza suficiente la voz para que Brisa la oiga.

— Te lo dije —murmura entre dientes.

Nilo, en cambio, suelta una risotada al tiempo que se baja un poco las gafas de sol para mirarla por encima:

— Te quedaste corta —afirma en voz alta y clara.

A pesar de que Brisa no sabe de qué hablan, algo en su interior le dice que es sobre ella.

6

Km 566

Salen de la nacional en dirección a Pierre Bufiere. Para llegar hasta allí tienen que cruzar un viaducto. Aún no han llegado pero desde ese puente ya se observa el encanto del pueblecito. Brisa ahoga un suspiro, le encanta. Los hermanos sonrían de lado al ver su reacción.

Nada más llegar al parquin la puerta del copiloto se abre. Brisa no tiene tiempo a reaccionar porque una Valle exaltada se ha desatado el cinturón y se ha tirado, literalmente, sobre el hombre que la espera al pie del camión con los brazos abiertos.

—Se la ve feliz —murmura Brisa viendo como la pareja ríe y se besa al tiempo que dan vueltas sobre sí mismos.

—Lo dices como si te sorprendiera. —Ella se encoje de hombros sin apartar la vista, Nilo tarda un poco en volver a hablar—. El luto no es ir de negro, llorando por las esquinas. Tomás está muerto, pero Valle sigue viva. En su interior hay un vacío que nada puede llenar y que es incapaz de olvidar, pero la vida sigue y ella quiere seguir viviéndola.

Brisa ladea la cabeza y choca con la indescifrable mirada azul de él; no sabe qué decir, al final, se aclara la garganta:

—Lo siento, no quería ofenderte —admite, tocada por sus palabras.

—No es a mí a quien ofendes. Llegar a la tumba sin cicatrices es lo que da más pena.

El hotel es un viejo albergue restaurado, una casa blanca de solo siete habitaciones. Nada más entrar a Brisa la ha embargado una paz que hacía días que no sentía; huele a recuerdos, a hogar. Un perro ha salido a saludarlos

mientras un señor mayor, con bigote a lo Dalí, les ha tomado los datos y les ha dado las llaves de sus respectivas habitaciones. Por un momento a Brisa se le ha pasado por la cabeza que el destino jugara como en las típicas pelis y que el dueño les diría que no había habitaciones suficientes y que le tocaba compartirla con Nilo. Ante tal pensamiento las mejillas se le han arrebolado, ¡hasta las orejas! Detalle que no ha pasado desapercibido por ninguno de los dos hombres. El francés ha sonreído y Nilo se ha mordido el labio evitando la carcajada a pesar de no saber qué pasaba por la mente de la morena.

Las habitaciones son pequeñas, pero con un encanto bucólico que enamora, y comparten baño común. Valle ha desaparecido con su *tarzánbarramonachita* y no la han visto más. Nilo le aclara que no se preocupe por ella, a más tardar mañana a las siete estará plantada frente al camión. Acuerdan darse una ducha rápida, por separado, y bajar a cenar.

Se han cambiado de ropa. Nilo lleva una camiseta y bermudas, todo en negro. Ha bajado descalzo, detalle que solo parece sorprender a Brisa. El perro, un viejo labrador, lo ha seguido desde que ha bajado la escalera y ahora descansa a su lado. La cena se compone de una ensalada de tomates y una tortilla de setas. No es nada del otro mundo pero a Brisa le parece que sabe a tres estrellas Michelin. Está encantada, con su decisión, con el pueblo, el albergue, el ambiente y, sobre todo, con la compañía.

—¿Brindamos?

—¿Por qué? —la respuesta en forma de pregunta de ella hace que Nilo sonría.

Nuestra protagonista también se ha cambiado, lleva un vestido camisero de cuadros amarillos y verdes que hace que sus ojos y su pelo brillen con más fuerza. O eso cree Nilo. La encuentra preciosa y sus dedos hormiguean deseando desabrochar cada uno de los botones que lo están atormentando.

—Por las cosas que no tienen explicación.

Brisa se lo queda mirando sin decir nada, al final choca las copas de vino tinto.

—Explícate, ¿qué es eso de las cosas que no tienen explicación? ¿No me saldrás con ovnis y esos rollos ? Porque te aviso desde ya que es algo que me da mucho *yuyu*.

—No. Me refiero a las cosas inexplicables que dan sentido a la vida. Por qué una mirada te atrapa y no puedes apartar los ojos de ella, la vibración al notar ese roce, el cosquilleo al oír una canción. El amor en sí. Sensaciones, en definitiva.

Cuanto más tiempo comparten más le sorprende como es Nilo. Su aspecto es de chico frío, rebelde y hasta ligón, pero al final resulta que cada vez que abre la boca es casi poesía lo que sale de ella.

—Me gusta como piensas —admite Brisa, sorprendiéndose hasta ella misma por decirlo en voz alta.

Es de las de contar hasta diez antes de hablar. O era.

—A mí me gustas tú.

—¿Eres siempre tan sincero?

—Normalmente. Así no hay dudas ni malas interpretaciones.

Ella evita seguir con el tema.

—¿Y qué vas a hacer a la Ciudad de la Luz?

—Es mi punto de partida. Quiero hacer la ruta del antiguo Orient Express. De París a Estambul y lo que surja por el camino.

—Cuéntame los planes. —Los ojos de Brisa brillan como el ámbar a contraluz al oír el plan.

—La idea era hacer el viaje en moto pero el médico no lo ve aconsejable, así que he comprado un coche de... —cuenta con los dedos y suelta una estruendosa carcajada— cómo mínimo quinta mano... pero fue amor a

primera vista y sé que es el mejor para acompañarme. —Da un sorbo al vino y al dejar la copa en la mesa sin levantar la vista y acariciando el borde del cristal sigue hablando—. El accidente... fue un cúmulo de mala suerte, malas decisiones... fue en un incendio en una fábrica de papel. Dos de mis compañeros murieron y aún no sé cómo yo estoy vivo. Cuando desperté del coma me dije que quería viajar. Nos indemnizaron, y aquí estoy, por fin voy a cumplir la promesa que me hice.

—Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

El resto de la cena, el postre, lo pasan casi en silencio. Parece que un gato se le ha comido la lengua a Brisa y todos los intentos que hace Nilo para entablar conversación se diluyen en el aire que los separa. Un aire que, si bien hacía un rato chisporroteaba con esa conexión que hay entre ellos, ahora es frío como el aire del Ártico.

—Voy a pasear, me apetece estirar un poco las piernas. Buenas noches — se despide Brisa al terminar la tarta de manzana que les han ofrecido.

—Buenas noches —balbucea Nilo desconcertado, viéndola marcharse.

—¿Qué pasa? —le pregunta cuando la alcanza.

Ha dudado pero al final, a pesar de ir descalzo, ha salido a la calle en su busca. El labrador lo sigue en silencio.

—Nada —responde Brisa al verlo a su lado.

—Ese nada está lleno de muchos peros.

—No entiendo que teniendo dinero no ayudes a tu hermana a pagar el camión para que pueda volver a su vida —exclama de una sola respiración.

—No todo el que deambula está perdido.

—Un cerdo egocéntrico, arrogante y encima filósofo —ríe, sarcástica.

—¿Has terminado? —Brisa asiente una sola vez y casi de forma

imperceptible, aún no sabe por qué está tan enfadada, o mejor dicho, dolida . Nilo sabe que no tiene que darle explicaciones, pero siente que debe hacerlo. Nunca ha sido de explicar sus actos, pero con ella quiere mostrarse tal cual es —. Lo primero que hice fue pagar el camión. Si sigue con esto es porque tiene miedo; aquí se siente segura y no le apetece aun volver a la realidad. Es su decisión y la respeto.

— Lo siento, pocos consiguen sorprenderme.

— No deberías juzgar tan a la ligera a la gente. Con vaya mierda de gente te has cruzado.

— Parece que sí. —El gesto de Brisa se transforma al saber la verdad y vuelve a ser la chica que tiene a nuestro protagonista encandilado. Le regala una sonrisa sincera y él le responde igual—. ¿Has salido descalzo?

—A la vista está. —Los dos bajan la vista y él mueve los dedos—. Será mejor que volvamos. Al menos a ponerme unos zapatos. Y si te apetece antes de ir a la cama damos un paseo por el pueblo.

—¿Antes de ir a la cama? —pregunta ella con los ojos abiertos. Bueno, los ojos y la boca. Nilo da un paso hacia ella para provocarla un poco más.

—¿No piensas dormir? Has pagado por ello, te lo recuerdo. Y si no has tenido tiempo de tumbarte en la cama, te lo digo yo, es de esas camas en las que invernarías.

—¿Solo? —insiste Brisa. Eso lo descoloca. Es inocente y descarada a la vez; le encanta.

—Como todo en esta vida, compartido es mejor.

Se ríen y sin añadir más, uno al lado del otro y con el perro en el medio como guardián, se vuelven. Nilo se ríe al pensar que parece que lo haya mandado su hermana para vigilar que no haga ninguna tontería.

Son las cuatro de la tarde, llevan en París desde media mañana. Primero han ido a descargar el camión a un polígono industrial de las afueras de la ciudad y desde ahí han cogido, los tres, el metro hasta el centro. Valle quiere ir hasta Notre Dame, pero antes, su hermano le pide que lo acompañen a buscar el coche en un garaje que hay en una de las callejuelas cercanas a la Place de la République. El coche que ha comprado Nilo por internet es un escarabajo amarillo. Brisa ni se plantearía comprar algo así sin verlo in situ, pero la verdad es que el escarabajo está en perfecto estado. Amarillo, pero en perfecto estado; y eso que debe de tener más o menos la edad de ellos.

Los tres se dan cuenta de que ha llegado el momento de despedirse. Valle recibe una llamada, aunque nadie aparte de ella ha oído el teléfono, y Nilo aprovecha la oportunidad que le brinda su hermana y coge a Brisa de las manos situándose frente a ella.

— Vente conmigo.

Ella rompe a reír al oír tal invitación.

—¡ No digas tonterías!

—Vente conmigo —repite, como si no hubiera escuchado su respuesta.

—No lo dices en serio. No puedo.

—Puedes. Hacías autostop y no sabías ni siquiera adónde ir. Yo te ofrezco una ruta y compañía.

—Es una locura —murmura. Al alzar la mirada choca con la azul de él y sonrío nerviosa.

—Cuando te lo conté tus ojos hicieron chiribitas, te apetece. Lo sé y lo

sabes. ¿Cuánto tiempo más vas a tardar en aceptarlo?

—Pero..., pero...

—¿Pero qué? —insiste él, dando un paso más hacia ella.

El aire entre ellos se llena de chispas y magia como en una noche de San Juan.

—¡Si ni siquiera nos hemos besado!

Nilo suelta una carcajada y Brisa siente como su cara hierve de fuego al comprender la ridícula excusa que ha puesto, pero es lo primero que le ha pasado por la cabeza.

—Eso se soluciona rápido. —Le acuna la cara entre las dos manos y la besa. No se dan cuenta del tiempo que pasa, para ellos es como un instante, pero yo os aseguro que el beso podría entrar en el record de los Guinness. El primero, el segundo, hasta el quinto que se dan. Uno seguido del otro. Con pasión, con ternura, con la sonrisa escapando por la comisura de sus bocas y con la chispa de electricidad brillando en sus retinas. Es el beso perfecto, ese beso con el que acaban todas las películas románticas que pasan los fines de semana—. ¿Algo más que te impida lanzarte?

La voz de Nilo es ronca, cargada de excitación y algo ebria de esa locura que los embarga a los dos.

—Tú y yo..., yo... —Brisa no encuentra ningún motivo para negarse.

—No, no es un tú y yo, es un nosotros, km0.

*

—¿Y qué pasó después? ¡No puede terminar así! —pide una mujer desde la barra del bar.

—Yo se lo contaré —responde Brisa, poniéndose en pie—. Que se fueron de viaje durante tres meses. Viajaron desde París a Estambul, perdiéndose siempre que les apetecía. Se conocieron de verdad, se enamoraron para siempre, se pelearon cien veces y se reconciliaron ciento y una. Dos años después se han casado y de luna de miel se han subido al tren temático del Orient Express para celebrarlo y hacer otra vez el mismo recorrido. Ahora haz el favor de bajar de ahí de una vez y besarme.

El resto de los pasajeros se ponen en pie y les aplauden mientras ríen, silban y les vitorean pero ellos dos ni se enteran, han vuelto a crear un mundo solo para ellos dos. Nilo baja de la tarima y se acerca a Brisa, la coge de la cintura y la besa como ella le ha pedido; como siempre había soñado, como lleva haciéndolo estos últimos dos años.

FIN

Descubre los demás Pellizcos



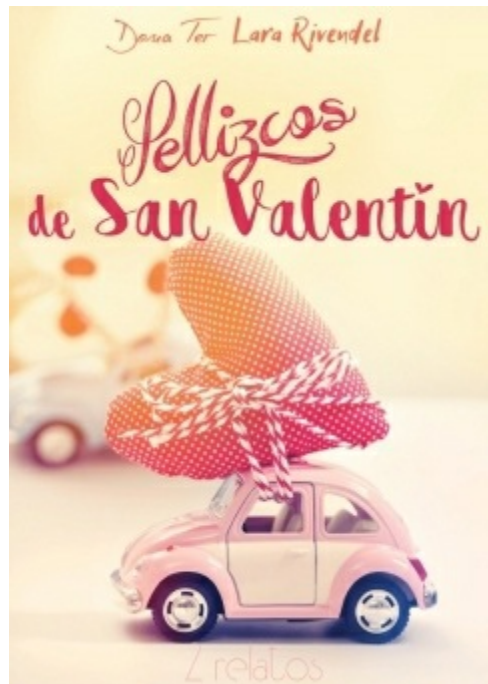
MUCHAS POSIBILIDADES - LARA RIVENDEL

Con todo el dolor de su corazón, Paz pone su piso a la venta. Aunque entiende que cuando una etapa acaba lo mejor es empezar de cero, la llegada de la pareja interesada en comprar el piso le remueve emociones que creía olvidadas. La Navidad le demostrará que su vida, igual que su piso, tiene aún «Muchas posibilidades».

A TRES POSTALES DEL CIELO - DONA TER

Julio tiene treinta y dos años y nunca había deseado algo con tanta fuerza para Navidad. Su deseo tiene nombre de mujer: Abril.

La magia de esas fechas señaladas y la historia de un viejo pintor callejero serán sus cómplices para conseguir lo que anhela.



LO RIDICULO DEL AMOR – Dona Ter

Gustavo y Rose llevan más de un año viviendo juntos. Aunque no suelen celebrar fechas como San Valentín, cuando Gustavo tiene que trabajar cuatro días en el aeropuerto vendiendo bombones, algo cambia.

Porque, si algo tiene el amor es que por él somos capaces de hacer cualquier cosa, incluido el ridículo, para poder recordarlo siempre.

AMOR EN BANDEJA – LARA RIVENDEL

Irina está muy enamorada de Andrés y le hace una ilusión loca celebrar con él su primer san Valentín. Por eso cuando él decide pasar ese día animando a su mejor amigo al que acaba de dejar la novia, se siente dolida. Mientras ofrece dulces de san Valentín en una bandeja, su corazón se vuelve cada día más amargo. Los amigos de Andrés le hacen ver que ha metido la pata hasta el fondo y que necesitaría un auténtico milagro para salvar la situación. ¿Será demasiado tarde?

